

sus atisbos en el romanticismo y que llega a su punto más alto a medida que los escritores de nuestro siglo empiezan a rechazar el realismo del siglo XIX que había llegado al convencimiento de que la única realidad aceptable y digna de observación y de análisis era la visible (por lo que, podríamos decir, un ciego carece de realidad). La literatura (el arte todo) contemporánea no sólo denuncia el falso camino al que hemos llegado, alejándonos del mito, no sólo denuncia esta realidad como inferior, convencional y errónea, sino que llega a considerarla como un estorbo para llegar a la auténtica realidad. Y, sin embargo, esta realidad superficial puede impedirnos de manera dramática llegar a la realidad más profunda, precisamente porque una vez convertidos en historia (el hombre como evolución frente al primitivo reino de los animales) esta realidad falsa y exterior se ha convertido en parte de nuestra naturaleza, hasta ocultar nuestra verdadera esencia. Hasta el punto de que al contemplar el pórtico de una catedral admiramos especialmente la pátina de la historia, hecha de polvo centenario, detritus de paloma, monóxido de corrosión, y nos cuesta aceptar este mismo pórtico si ha recuperado parte de su pureza original: la decepción del turista ante el París de Malraux.

El escritor que cree en lo que estoy llamando la realidad superficial (la comunicable y conocida por todos nosotros) tiene un vastísimo campo de investigación: un campo en extensión, con la infinidad de temas y detalles que nos ofrece la vida cotidiana. Un buen escritor sería aquí el que sabe ver y comunicar aquellas partes de la realidad que se le escapan al común de los seres humanos: es un observador, y a través de la lectura somos capaces de ver en su plenitud la realidad que el escritor ha querido mostrarnos. Por eso en la novela realista son tan importantes las descripciones de pueblos y ciudades y personas, muchas veces incluso con la pretensión de que estos datos exteriores (un personaje obeso, un traje marrón, unos pendientes de oro) indican, reflejan, expresan la psicología de un personaje (como si al quitarnos el desagradable abrigo verde para ponernos uno gris cambiásemos de personalidad, cuando de lo único que hemos cambiado es de apariencia, y por supuesto de abrigo).

Si el escritor de la realidad superficial o convencional tiene una amplia variedad de temas y es escritor de *extensión* (abarca el máximo posible de realidad), el escritor de la realidad profunda intenta desnudar a su escritura de los datos exteriores para poder penetrar en lo más esencial del ser humano. Este escritor tiene que denunciar a la realidad aparente y al mismo tiempo ignorarla para penetrar en la otra realidad, de la misma forma que el poeta místico (el más pro-

fundo conocedor del alma de la realidad] tiene que rechazar los sentidos para alcanzar la iluminación y el conocimiento, cópula, integración en la esencia. Los temas de este escritor ya no lo son en extensión, sino en profundidad, como lo son los grandes temas de la literatura y del arte en general, comunes a todos los seres humanos: miedo, deseo, amor, muerte, etc.; en este sentido su nivel de comunicación es universal. Sin embargo, por lo mismo que aceptamos la realidad exterior, creemos que estos sentimientos universales están en función de nuestra realidad exterior y que tienen que supeditarse a una realidad donde el amor, por ejemplo, es matrimonio, familia, hogar, bienestar y consumo, etc., en una cadena de necesidades convencionales que cada vez nos alejan más del origen. Al triunfar esta realidad convencional, el lenguaje común es el de esta realidad, y peor todavía, lo son los únicos conflictos que nos interesan: por eso a la novela le pedimos un clímax y un anticlímax, un conflicto y un desenlace, una duda y una respuesta que nos confirme la existencia de esta objetividad a la que tanto necesitamos aferrarnos para no sentirnos radicalmente perdidos. Paradójicamente, podemos decir que la literatura realista es evasiva porque cree en una realidad objetiva y, por lo tanto, dotada de respuestas. Precisamente porque es una realidad familiar, su lengua nos es familiar: y si una lengua es familiar es porque no descubre nada nuevo. Al mismo tiempo, dado que la realidad es cambiante y está llena de anécdotas, los temas de esta literatura son infinitos.

Más descubre una realidad, más difícil se hace su lenguaje, ya que para expresar aspectos desconocidos u ocultos hay que hacerlo con un nuevo lenguaje. La anécdota narrativa desaparece, en cuanto estorba para llegar a la otra realidad, también los temas son distintos y difícilmente puede convertirse en una literatura popular por el grado de activa participación que exige al lector y por el grado de compromiso. Sin embargo, esta otra realidad no es una abstracción (una idea, sin relación con las vivencias humanas) ni el escritor puede ignorar la existencia de esta realidad convencional, aunque sólo sea para denunciarla como falsa. Ciertamente hay escritores de difícil nivel de comunicación que han llevado al extremo esta aventura de la búsqueda, pero muchos escritores han sabido utilizar los medios que ofrece la realidad superficial o exterior para comunicar y a la vez para corroerla subversivamente. Cortázar y Sábato representan dos aspectos, casi dos extremos de esta subversión, de esta astuta utilización de la realidad convencional para mantener el interés narrativo (el valor de la novela como narración) y a la vez narrarnos la